

OTROS SUIZOS. (Que rodean á Tell.)—Con vos se va nuestro último consuelo.

LEUTHOLDO. (Acercándose á Tell.)—¡Os compadezco, Tell!... Sin embargo, me veo en la necesidad de obedecer.

TELL.—¡Que Dios os guarde!

GUALTERIO TELL. (Abrazando á su padre, con el mayor dolor.) ¡Oh, padre, padre! ¡Oh, padre mío querido!

TELL. (Levantando los brazos al cielo.)—¡Allí está nuestro padre! ¡Invocadlo!

STAUFFACHER.—¡Nada digo á vuestra esposa de vuestra parte?

TELL. (Levantando á su hijo, y estrechándolo contra su pecho.) Mi hijo está ileso. ¡Dios me ayudará! (Aléjase con precipitación, y sigue á los criados armados del Gobernador.)

ACTO IV.

Ribera oriental del lago de los Cuatro Cantones.—Rocas extrañas y escarpadas limitan la vista al Oeste. El lago está revuelto, y al ruido de su oleaje acompañan relámpagos y truenos.

ESCENA PRIMERA.

KUNZ DE GERSAU, un PESCADOR y su HIJO.

KUNTZ.—Lo ví con mis ojos; podéis creerlo. Todo sucedió como os he dicho.

EL PESCADOR.—¡Tell preso y llevado á Kussnacht! El hombre mejor de este país, el brazo más esforzado, si se hubiera de combair por la libertad.

KUNTZ.—El mismo Gobernador lo conduce al lago. Estaban á punto de embarcarse, cuando dejaba yo á Flüelen; pero la tempestad, que se acercaba, y que me ha obligado á desembarcar aquí, habrá detenido acaso su marcha.

EL PESCADOR.—¡Tell en la cárcel y en poder del Gobernador! ¡Oh! Estad convencidos de que lo sepultará en un calabozo, bastante profundo para que no lo visite jamás la luz del día, porque ha de temerse la justa venganza del hombre libre á quien ha ofendido cruelmente.

KUNTZ.—También nuestro antiguo bailfo, el noble señor de Attinghausen, está moribundo, según se dice.

EL PESCADOR.—¡Así se rompe la única áncora de nuestra esperanza! Era el único, que se atrevía á levantar su voz en defensa de los derechos del pueblo.

KUNTZ.—La tempestad arrecia. ¡Quedad con Dios! Yo voy á buscar albergue en la aldea, porque ya hoy no hay que pensar en salir. (Vase.)

EL PESCADOR.—¡Toll preso y el Barón muerto! ¡Alza tu osada frente, tiranía! ¡Prescinde de toda vergüenza! ¡La verdad, muda, y ciega la mirada, antes perspicaz! ¡El brazo salvador está encadenado!

EL HIJO.—Cae espeso granizo. ¡Venid á la choza, padre, que no conviene exponerse á la inelemencia del cielo!

EL PESCADOR.—¡Desencadenaos, vientos! ¡Brillad, relámpagos! ¡Reventad, nubes! ¡Caed sin tasa, torrentes, é inundad la tierra! ¡Destruid en sus gérmenes á las generaciones futuras! ¡Reinad vosotros, rebeldes elementos! ¡Acudid, osos y lobos, á ocupar de nuevo la tierra desierta, que vuestra será ya! ¿Quién querrá vivir aquí sin libertad?

EL HIJO.—Escuchad cómo retumba el abismo, y cómo muge el viento. Nunca tempestad tan furiosa ha azotado estas olas.

EL PESCADOR.—Derribar una manzana de un flechazo de la cabeza de su propio hijo, jamás se había mandado antes á padre alguno. ¿No se ha de sublevar la naturaleza entera, llena de ira?... ¡Oh! No me admiraría de que los peñascos se lanzasen en el lago, que se liquidasen esos picos, cubiertos de hielo, inmóviles desde la creación, y se precipitasen desde sus cumbres; de que estas montañas se hicieran pedazos, se arruinasen las antiguas cavernas, y un segundo diluvio devorase la mansión de todos los seres vivos. (Óyese tocar las campanas.)

EL HIJO.—¿No oís cómo tocan en la montaña? ¡Han visto

alguna barca en peligro, y hacen la señal para que pidan á Dios por ella! (Sube á una eminencia.)

EL PESCADOR.—¡Ah de la barquilla, que ahora navegue en medio de este oleaje terrible! Tan inútil es ahora el timón como el piloto; la borrasca es soberana, y el viento y las olas se rien de los esfuerzos humanos... Ni cerca ni lejos hay ningún refugio, que le preste seguro asilo. Las rocas tajadas, fuera de su alcance é inhospitalarias, sólo le ofrecen su pecho duro de piedra.

EL HIJO.—(Señalando á la izquierda.) ¡Un barco, padre, viene de Flüelen!

EL PESCADOR.—¡Que Dios venga en ayuda de esas pobres gentes! Cuando la tempestad llega á penetrar en estos abismos, se agita como una bestia feroz é iracunda contra los hierros de su jaula. En vano busca aullando la salida, porque los peñascos, desde lo alto de las nubes, la encierran en este estrecho paso. (Sube á la eminencia.)

EL HIJO.—¡Es el bote del Gobernador de Uri, padre! Lo conozco por su cubierta roja y por su bandera.

EL PESCADOR.—¡Justo Dios! Sí, es el mismo, es el Gobernador el que navega... Hacia aquí se dirige, y trae consigo su delito. Pronto lo ha alcanzado la mano vengadora, y ahora verá que hay un poder más fuerte que él. Estas olas no obedecen su voz, y estas rocas no saludan su sombrero... No reces, muchacho; no detengas el brazo de la Providencia.

EL HIJO.—¡Yo no rezo por el Gobernador!... Pido á Dios por Tell, que viene con él en el bote.

EL PESCADOR.—¡Oh insensato y ciego elemento! Por castigar á un culpable, ¿has de acabar con el barco y con el piloto?

EL HIJO.—Mira, mira; ya pasaron indemnes el Buggisgrat; pero la violencia de la tempestad, que sale de rechazo del Teufelsmunster, los arrastra contra el peñasco de Axenberg... ¡No los veo ya!

EL PESCADOR.—Allí está el Hackmesser, en donde más de un buque se ha estrellado ya. Si no navegan con prudencia, la barca se hará pedazos en el bajo, que se eleva desde el fondo del lago... ¡Buen piloto llevan á bordo! Si alguien puede salvarlo es Tell; pero sus brazos y sus manos están sujetas. (Llega Guillermo Tell, con su ballesta, á paso rápido; mira sorprendido á su rededor, y manifiesta grande inquietud. Cuando se adelanta hasta el centro del teatro, se deja caer en tierra, toca al suelo con las manos, y las alza después hacia el cielo.)

EL HIJO.—(Al verlo.) Padre, ¿quién es ese hombre, que se arroja allí?

EL PESCADOR.—Toca á la tierra con sus manos, y parece estar fuera de sí.

EL HIJO.—(Adelantándose.) ¿Qué veo, padre? ¡Padre, venid, y mirad!

EL PESCADOR.—(Aproximándose.) ¿Quién es? ¡Dios del cielo! ¿Cómo? ¡Tell? ¿Cómo habéis llegado aquí?

EL HIJO.—¿No estabais allí, en la barca, preso y atado?

EL PESCADOR.—¿No os llevaban á Kussnacht?

TELL.—(Levantándose.) ¡Ya soy libre!

EL PESCADOR Y SU HIJO.—¿Libre? ¡Milagro de Dios!

EL HIJO.—¿De dónde venis?

TELL.—De aquella barca.

EL PESCADOR.—¿Cómo?

EL HIJO.—¿Y el Gobernador?

TELL.—A merced de las olas.

EL PESCADOR.—¿Es posible? Pero ¿cómo estáis aquí? ¿Cómo habéis escapado de vuestros lazos y de la tempestad?

TELL.—Por la providencia misericordiosa de Dios... ¡Oid!

EL PESCADOR Y SU HIJO.—¡Oh! ¡Hablad, hablad!

TELL.—¿Sabéis lo sucedido en Altdorf?

EL PESCADOR.—Todo lo sé; hablad.

TELL.—¿Sabéis que el Gobernador me hizo prender y atar, queriendo llevarme á su castillo de Kussnacht?

EL PESCADOR.—Y que se embarcaba con vos en Flüelen. Ya lo sabemos! Decid, ¿cómo habéis escapado?

TELL.—Yacía yo en la barca, atado fuertemente con cuerdas, sin armas, perdido por completo... No esperaba ver más la alegre luz del sol, ni el amado rostro de mi esposa é hijos, contemplando inconsolable las aguas de-vertas...

EL PESCADOR.—¡Oh, pobre hombre!

TELL.—Así navegábamos el Gobernador, Rudolfo de Harras y los criados. Mi careax y mi ballesta estaban detrás, junto al timón. En el momento, en que llegábamos á ese recodo, cerca de la pequeña roca de Axen, quiso Dios que una tempestad horrorosa brotara de los desfiladeros del San Gothardo. Los remeros desfallecieron, y pensaron todos perecer. Oí entonces que un criado se volvió hacia el Gobernador y le dijo: «Ya veis, señor, nuestro apuro y el vuestro, y cuán al borde nos encontramos de la muerte... Los remeros, de miedo, dudan qué hacer, y qué rumbo tomar... Pero Tell es un hombre vigoroso, y sabe dirigir una barca. ¿Os parece bien que en este trance aprovechemos su habilidad?» Entonces me dijo el Gobernador: «Tell, si tienes confianza en tí mismo para ayudar á librarnos de esta borrasca, te libraría de los lazos que te sujetan.» Yo le contesté: «Sí, señor; con ayuda de Dios creo que podré socorreros en este apuro.» Así me desataron, y empuñé el timón, y navegué valientemente. Mientras tanto, buscaba de soslayo mis armas, y escudriñaba atento la orilla, para saltar en ella sin peligro. Y al notar yo un poñasco que se avanzaba escarpado en el mar...

EL PESCADOR.—Sé cuál es; el que yace al pie del gran Axen, aunque no creía posible... siendo tan difícil su acceso... que se pudiera alcanzar desde una barca.

TELL.—Grité á los remeros que manejasen con vigor el remo, hasta que llegásemos al borde de la roca. «Si la

emparejamos, les dije, escapamos del mayor riesgo.» Y cuando la tocamos, en seguida, bogando con energía, invoqué á Dios, y reuniendo todas mis fuerzas, salté al escarpado peñasco con mis armas, rechazando con el pie la barca, y abandonándola al capricho de las olas y á la voluntad divina. Véome, pues, así libre de la violencia de la borrasca, y de la maldad, más terrible, de los hombres.

EL PESCADOR.—Tell, Tell; el Señor, por salvaros, ha hecho un milagro patente; apenas creo el testimonio de mis sentidos... Pero decidme, ¿á donde pensáis ir ahora? Porque en ningún paraje estáis seguro, si el Gobernador sale ileso de esta tempestad.

TELL.—Oí afirmar, cuando estaba atado á la barca, que se proponía desembarcar en Brunnen, y pasando por Schwitz, llevarme á su castillo.

EL PESCADOR.—¿Quería, pues, tomar el camino por tierra?

TELL.—Así lo pensaba.

EL PESCADOR.—¡Oh! Ocultaos sin tardanza. No es posible que Dios os ayude por dos veces.

TELL.—Indicadme cuál es el camino más corto para Arth y Küssnacht.

EL PESCADOR.—El principal va por entre peñascos; pero mi hijo os llevará á Lowerz por otro poco conocido, y más en línea recta.

TELL. (Dándole la mano.)—¡Que Dios premie vuestra bondad! ¡Adiós! (Vase, y vuelve en seguida.) ¿No habéis jurado también en Rütli? Creo que me lo dijeron así.

EL PESCADOR.—Estuve allí, y juré también como los demás.

TELL.—Entonces, hacedme el obsequio de ir cuanto antes á Bürglen, para tranquilizar á mi esposa, y decidme que estoy sano y salvo.

EL PESCADOR.—Pero, ¿á dónde le digo que os escondéis?

TELL.—Encontraréis allí á mi suegro, y á otros conjura-

dos del Rütli. Decidles que se alegren, y tengan buen ánimo; que Tell es libre, que puede hacer uso de sus brazos, y que pronto oirán nuevas de mí.

EL PESCADOR.—¿Cuál es vuestro proyecto? Descubridmelo sin temor.

TELL.—Cuando lo haga, se sabrá. (Vase.)

EL PESCADOR.—Enséñale el camino, Jenni... ¡Dios le ayude!... Que lleve á cabo su propósito. (Vase.)

ESCENA II.

Sala del castillo de Atthinghausen.

EL BARÓN, moribundo, en un sillón; GUALTERIO FURST, STAUFFACHER, MELCHTHAL y BAUMGARTEN, asistiéndolo, y GUALTERIO TELL arrodillado ante él.

FURST.—¡Espiró ya! Ha muerto.

STAUFFACHER.—No está muerto todavía... Su aliento conmueve ligeramente sus labios. Su sueño es tranquilo, y una sonrisa particular se nota en sus rasgos. (Baumgarten se acerca á la puerta, y habla con alguno.)

FURST. (A Baumgarten.)—¿Quién es?

BAUMGARTEN. (Al volver.)—Vuestra hija Eduvigis. Quiere hablaros, y ver á su hijo. (Gualterio Tell se levanta.)

FURST.—¿Puedo yo consolarla? ¿Tengo yo mismo algún consuelo? ¿Hay calamidad que no me agobie?

EDUVIGIS. (Entrando.)—¿En dónde está mi hijo? Dejadme verlo.

STAUFFACHER.—¡Refrenaos! Reflexionad que estáis en la casa de un muerto...

EDUVIGIS. (Corriendo hacia el niño.)— ¡Gualterio mío! ¡Oh! ¡Vive para tu madre!

GUALTERIO. (Abrazándola.)— ¡Pobre madre mía!

EDUVIGIS.— ¿Nada has sufrido? ¿Estás sano y salvo? (Examinándole con solícita inquietud.) ¿Es posible? ¿Pudo tirar contra ti? ¿Cómo pudo hacerlo? ¡Oh! No tiene corazón... ¡Pudo disparar la flecha contra la cabeza de su hijo!

FURST.— Hizolo lleno de angustia, con el corazón traspasado. Forzaronlo á ello; porque le iba la vida.

EDUVIGIS.— ¡Oh! Si su corazón fuese el de un padre, antes que hacerlo, hubiese muerto mil veces.

STAUFFACHER.— Debierais alabar la misericordia divina, que dirigió tan bien la flecha...

EDUVIGIS.— ¿Cómo olvidar yo lo que pudiera haber sucedido? ¡Dios del cielo! Aunque viviese ochenta años... he de ver siempre atado al niño, á su padre tirándole, y á la flecha, que me ha de herir eternamente el corazón.

MELCHTHAL.— ¡Si supieseis cuánto lo encolerizó el Gobernador!

EDUVIGIS.— ¡Oh crueldad humana! Cuando ofenden el orgullo de los hombres, á nada atienden; y, en su ciega cólera, no se cuidan ni de la cabeza del hijo, ni de los sentimientos de la madre.

BAUMGARTEN.— ¿No es ya bastante dura la suerte de vuestro esposo, para aumentarla más con vuestras inoportunas reconvenciones? ¿Nada os dicen sus penas?

EDUVIGIS. (Se vuelve hacia él, y lo mira con insistencia.)— ¿Y tú sólo tienes lágrimas para llorar la desdicha de tu amigo? ¿Qué hacéis, cuando ataban al mejor de los hombres? ¿Por qué no le socorriais? Estábais presentes, ¿y no os oponíais á esa violencia, y consentisteis que arrancasen de entre vosotros á vuestro amigo? ¡Ha sido ese el comportamiento de Tell con vosotros? ¡Se limitaba también á compadeceros cuando te acosaban los caballeros del Gobernador, por una

parte, y por la otra te esperaba el lago alborotado? No deploró tu suerte con lágrimas inútiles, sino saltó en la barca, y olvidando mujer é hijos, te salvó, y...

FURST.— ¿Qué podíamos hacer nosotros por salvarlo, estando sin armas, y en menor número?

EDUVIGIS. (Abrazándolo.)— ¡Oh padre! ¡Tú también lo has perdido! ¡El país; todos nosotros lo hemos perdido! ¡A todos, ay de mí, nos hace falta, y él necesita de todos nosotros! Que Dios libre su alma de desesperación. No llegarán los consuelos de sus amigos hasta las profundidades de su calabozo... ¿Y si enfermara? Y enfermará en las húmedas tinieblas de su cárcel. Como la rosa de los Alpes palidece y se aja en las lagunas, así él no encuentra la vida sino á la luz del sol, y respirando aire balsámico y puro. ¿Preso él? La libertad es para él todo, y no puede vivir en una atmósfera subterránea.

STAUFFACHER.— ¡Calmaos! Todos trabajaremos para abrir las puertas de su prisión.

EDUVIGIS.— ¿Qué podéis hacer sin él? Mientras Tell fué libre, sí, había alguna esperanza; la inocencia contaba con un amigo, el perseguido con un salvador, y Tell socorria á todos... ¡Y todos vosotros juntos no lograsteis romper sus cadenas! (El Barón despierta.)

BAUMGARTEN.— ¡Silencio, que se mueve!

ATTINGHAUSEN. (Incorporándose.)— ¿En dónde está?

STAUFFACHER.— ¿Quién?

ATTINGHAUSEN.— ¿Está ausente, y me abandona en mis últimos momentos?

STAUFFACHER.— Piensa en su sobrino... ¡Se ha ido á buscarlo!

FURST.— Ya se han dado las órdenes para ello. Consoaos... Ha oído la voz de su corazón, y es nuestro.

ATTINGHAUSEN.— ¿Ha hablado en favor de su patria?

STAUFFACHER.— Con temeridad heroica

ATTINGHAUSEN.—¿Por qué no viene para recibir mi última bendición? Conozco que me muero por momentos.

STAUFFACHER.—No tan pronto, noble señor. Ese breve sueño os ha reanimado, y vuestros ojos están serenos.

ATTINGHAUSEN.—El dolor es la vida, y me abandona también. El sufrimiento se ha ido con la esperanza.

(Observa al niño.) ¿Quién es este niño?

FURST.—¿Benedicidlo, señor! Es mi nieto, y está huérfano de padre. (Eduvigis, con su hijo, se arrodilla ante el Barón.)

ATTINGHAUSEN.—¡A todos os dejo huérfanos, á todos!... ¡Ay de mí, que mis últimas miradas han visto la ruina de mi patria! ¿Subir yo el último peldaño de la escala de la vida, para morir con todas mi ansias?

STAUFFACHER. (A Furst.)—¿Morirá con esta profunda pena? ¿No lo consolaremos, en su hora postrimera, con el rayo risueño de la esperanza?... ¡Noble Barón! ¡reanimaos! No estamos abandonados del todo, ni perdidos sin recurso.

ATTINGHAUSEN.—¿Quién os salvará?

FURST.—¡Nosotros mismos! ¡Escuchad! Los tres cantones se han conjurado para expulsar á los tiranos. La alianza está ya hecha, y nos une un juramento solemne. Nuestro plan se pondrá en ejecución antes de año nuevo, y vuestros huesos descansarán en un suelo libre.

ATTINGHAUSEN.—¡Oh! Decidme. La alianza ¿se ha concluido?

MELCHTHAL.—El mismo día se alzarán los tres cantones. Todo está preparado, y hasta ahora se guarda bien el secreto, aun cuando lo conozcan muchos centenares de personas. Tiembla la tierra que sostiene á los tiranos; contados están los días de su dominación, y pronto no quedará vestigio alguno de ellos.

ATTINGHAUSEN.—¿Y las fortalezas que hay en el país?

MELCHTHAL.—¡Todas caerán el mismo día!

ATTINGHAUSEN.—¿Hab entraado también los nobles en esta alianza?

STAUFFACHER.—Contamos con su apoyo, si es preciso. Hasta ahora, sin embargo, sólo los plebeyos han jurado.

ATTINGHAUSEN. (Se levanta con lentitud, y muy sorprendido.)—¿Los plebeyos se han atrevido, en su temeridad, á contraer este lazo por su propio impulso, sin ayuda de la nobleza, y fiado tanto en sus solas fuerzas?... Entonces no necesitan ya de nosotros, y podemos descender consolados á la tumba, porque pasa nuestro tiempo... Con otros medios se enaltecerá la dignidad humana. (Pone su mano en la cabeza del niño, arrodillado ante él.) De esta cabeza, en donde descansó la manzana, brotará para vosotros libertad nueva y más pura. Lo antiguo desaparece, el tiempo muda, y nueva vida sale del fondo de las ruinas.

STAUFFACHER. (A Furst.)—¡Mirad como brillan sus ojos! No es la vida que se extingue, sino el rayo de otra nueva.

ATTINGHAUSEN.—La nobleza baja de sus antiguos castillos, y presta en las ciudades su juramento como el estado llano. En Uechtlandia y en Thurgau ha comenzado ya á hacerlo; la ilustre Berna levanta su cabeza soberbia; Friburgo es el asilo seguro de los hombres libres, y la inquieta Zurich arma sus artesanos para la guerra... el poder de los Reyes se estrella al pie de estas murallas eternas... (Dice lo siguiente con acento profético; sus palabras parecen inspiradas.) Veo los príncipes y nobles, revestidos de sus armaduras, adelantarse para pelear con un pobre pueblo de pastores. Se combatirá á todo trance, y luchas sangrientas harán famosos algunos desfiladeros. El labrador se arrojará con su pecho descubierto, sacrificándose voluntariamente, contra un bosque de lanzas. Lo romperá, y sucumbirá la flor de la nobleza, y la libertad elevará su bandera victoriosamente. (Cogiendo las manos de Furst y de Stauffacher.) Permaneced, pues, unidos... firme y perpetuamente...

que ninguna región vea con indiferencia la emancipación de otra. Vigilad desde lo alto de vuestras montañas, para que todos formen un solo haz... ¡Siempre unidos, siempre, siempre! (Cae en su sillón; sus manos heladas oprimen, sin embargo, las de los demás; Furst y Stauffacher lo contemplan largo rato en silencio; después se separan, y se abandonan á su dolor. Mientras tanto han entrado sus servidores, que se acercan á él, manifestando en silencio su acerba pena. Unos se arrodillan junto á él, y otros llenan sus manos de lágrimas. Durante esta escena muda, toca sin cesar la campana del castillo.)

RUDENZ. (Que entra precipitadamente.)—¿Vive? ¡Oh! Decidme, ¿podrá oirme?

FURST. (Señala hacia él, volviendo el rostro.)— Sois ahora nuestro señor feudal, y nuestro protector, y este castillo es ya de otro dueño.

RUDENZ. (Que mira el cadáver, y parece sufrir desgarradora aflicción.)—¡Oh Dios de misericordia!... ¿Tardío ya mi arrepentimiento? ¿No ha sido posible que su corazón latiera algunos minutos más, para que viese la mudanza sobrevenida en mi corazón? He menospreciado sus leales consejos, cuando disfrutaba aún de la luz... ¡Ya no existe! Desapareció para siempre, y me deja abrumadora y terrible deuda que pagar... ¡Oh! decidme, ¿ha muerto encolerizado contra mí?

STAUFFACHER.—Pudo oír, antes de fallecer, lo que habéis hecho, y bendijo el brío con que hablasteis.

RUDENZ. (Arrodillándose delante del muerto.)—¡Sí, restos sagrados de un hombre querido! ¡Cuerpo sin alma! Aquí te alabo; por esta mano helada tuya... he roto para siempre los lazos extranjeros, he vuelto á unirme con mis compatriotas, porque soy suizo, y lo seré con toda mi alma... (Levantándose.) Llorad al amigo, al padre de todos, pero no desesperad. Yo no heredo sólo sus bienes, sino su corazón y su espíritu, y mi juventud lozana hará por vosotros

lo que os debía su avanzada edad... ¡Anciano venerable! ¡Dadme vuestra mano, y vos también, y también vos, Melchthal! No tengáis escrúpulo alguno. ¡Oh! ¡no os volváis; recibid mi juramento, y aceptad la expresión de mis deseos!

FURST.— ¡Dadle la mano! Su arrepentimiento merece confianza.

MELCHTHAL.— En poco habéis tenido al labrador. Decid, ¿qué se puede esperar de vos?

RUDENZ.— ¡Oh! ¡No pensad en los errores de mi juventud!

STAUFFACHER. (A Melchthal.)— Haya entre vosotros unión: ha sido la última palabra de nuestro padre. ¡Recordadlo!

MELCHTHAL.— ¡Aquí está mi mano! La promesa de un plebeyo, noble señor, es también una palabra de honor. ¿Qué es, sin nosotros, un caballero? Nuestro estado es más antiguo que el suyo.

RUDENZ.— Yo lo honro, y mi espada lo protegerá.

MELCHTHAL.— El brazo, señor Barón, que remueve la dura tierra y fecunda su seno, puede también defenderlo.

RUDENZ.— Vosotros debéis protegerme, y yo á vosotros, y así seremos todos más fuertes... Pero ¿á qué hablar de esto, cuando es presa la patria de la tiranía extranjera? Cuando nuestro suelo llegue á verse libre del enemigo, entonces seremos, en paz, iguales en derechos. (Después de un momento de silencio.) ¿Calláis? ¿Nada tenéis que decirme? ¿Cómo? ¿Aun no merezco que os fiéis de mí? ¿Así he de entrar en vuestra liga, contra vuestra voluntad?... Os habéis reunido... habéis jurado en Rütli... lo sé... sé todo cuanto habéis tratado allí. Y aunque no me lo hayáis confiado, lo reservo como sagrada reliquia. Nunca, creedme, he sido hostil á mi patria, y jamás hubiese hecho nada contra vosotros... Pero habéis errado en aplazar la ejecu-

ción de vuestros proyectos. Los instantes son preciosos, y es preciso obrar con rapidez. Tell ha sido ya víctima de vuestras dilaciones...

STAUFFACHER.—Juramos esperar hasta la fiesta de Navidad.

RUDENZ.—Yo no estaba allí, y no juré. ¡Aguardad vosotros, y yo obraré!

MELCHTHAL.—¿Cómo? ¿Intentáis?...

RUDENZ.—Soy uno de los próceres del país, y mi primera obligación es protegeros.

FURST.—Depositad en la tierra estos restos queridos, es vuestro principal y más sagrado deber.

RUDENZ.—Cuando hayamos libertado al país, pondremos sobre su tumba la corona de la victoria. ¡Oh, amigos! No sólo vuestra causa, también he de defender la mía contra los tiranos... ¡Oid y sabed! Mi Berta ha desaparecido misteriosamente, siendo robada con temeraria osadía de entre nosotros.

STAUFFACHER.—¿Es posible que el tirano haya cometido tal arbitrariedad contra la nobleza libre?

RUDENZ.—¡Oh, amigos míos! Os he prometido mi ayuda, y yo he de invocar primero la vuestra. Mi prometida me ha sido robada, arrebatada poco hace. ¿Quién sabe en dónde la esconde ese insensato, y á qué violencias no se atreverá en su impúdico afán de forzarla á consentir en un himeneo odioso! No me abandonéis. ¡Oh! ¡ayudadme á salvarla!... Ella os ama, y merece por su patriotismo que todos los brazos se armen en su auxilio.

FURST.—¿Qué os proponéis?

RUDENZ.—¿Lo sé yo? ¡Ay de mí! En la ignorancia en que estoy de su destino, en los tormentos que estas dudas me causan, no puedo fijarme en nada. Sólo veo con claridad que entre los escombros de la tiranía ha de resucitar para mí; y que hemos de apoderarnos de todas las fortalezas, para penetrar en su cárcel si la encontramos.

MELCHTHAL.—¡Venid y guiadnos! Todos os seguiremos. ¿A qué dejar para mañana lo que podemos hacer hoy? Libre era Tell cuando juramos en Rutli, y aun no se habían cometido tantas arbitrariedades. La ocasión nos impone nuevas leyes. ¿Quién será tan cobarde, que ahora también aplace la ejecución de nuestro plan?

RUDENZ. (A Stauffacher y Furst).—Armaos mientras tanto, y estad prontos á la obra. Esperad la señal del fuego en las montañas, que, más ligero que el bote de velas aladas, os anunciará nuestra victoria. Y cuando veáis brillar esta señal de buen agüero, caed sobre el enemigo como el rayo, y derribad el alcázar de la tiranía. (Vanse.)

ESCENA III.

El camino entre montañas cerca de Kussnacht.

Bájase á él desde los peñascos, y antes que los viajeros lleguen á la escena se les ve por las alturas. Rocas por todas partes, y una de ellas, cubierta de matorrales, avanza más que las otras.

TELL. (Se adelanta con su ballesta).—Ha de pasar necesariamente por este camino hondo, puesto que no hay otro para Kussnacht... Aquí ejecutaré mi proyecto... El momento es propicio. Ocúltanme estos matorrales, y mi flecha lo alcanzará. Lo estrecho del camino le obligará á ir solo. ¡Ajusta tus cuentas con Dios, gobernador; vas á morir, porque ha sonado tu última hora!

Yo vivía tranquilo y sin cuidados... Mis flechas herían tan sólo á las fieras de los bosques, y el pensamiento del asesinato no había manchado mi mente... Tú llenaste de espanto mi vida pacífica, trocando en ponzoña devastadora